Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 178– 12 de octubre de 2016

En este número

1. **Hispanidad: historia y significado de la palabra,** *José Mª García de Tuñón Aza*
2. **La Hispanidad vista desde América,** *Alberto Buela*

ESPECIAL

Día de la Hispanidad

Hispanidad»: historia y significación de la palabra

José Mª García de Tuñón Aza

Un año más celebramos la fiesta de la «Hispanidad», cuya palabra se tropieza uno continuamente, en diversos escritos, que tiene su principio en el vasco Mons. Zacarías de Vizcarra. Por poner sólo un ejemplo resumimos lo que hemos encontrado en una de las enciclopedias consultadas: «El profesor español López Ibor define la Hispanidad, término creado por Monseñor Vizcarra»[1]. Pero esto no es cierto como vamos a ver, porque es el propio monseñor quien lo desmiente en un escrito que publica en un semanario dirigido entonces por Juan Aparicio, antiguo jonsista, y que bajo el título de *Origen del nombre y fiesta de la Hispanidad,* dice:

> **En varias oportunidades y en diversas revistas he aclarado conceptos inexactos o confusamente expresados que corren por los libros y la Prensa acerca de los orígenes históricos del nombre, concepto y fiesta de la Hispanidad, por atribuírseme a mí equivocadamente la invención material de ese vocablo, al mismo tiempo que se pasan por alto circunstancias históricas que señalan el punto de arranque del hermoso movimiento que se distingue con dicho nombre.**
>
> **Fue mi gran amigo D. Ramiro de Maeztu uno de los primeros que me atribuyeron la creación del vocablo «Hispanidad» en su libro *Defensa de la Hispanidad* publicado a principios de 1934. El ejemplar que me envió a mi residencia habitual de Buenos Aires lleva esta dedicatoria autógrafa: «Al Rev. P. Zacarías de Vizcarra, creador del vocablo "Hispanidad" con la admiración y la amistad de Ramiro de Maeztu». Y en la página 19 de la Obra se lee: «La palabra se debe a un sacerdote español y patriota que en la Argentina reside, D. Zacarías de Vizcarra».**
>
> **[...]**
>
> **Basta hojear los viejos diccionarios castellanos para encontrar en ellos esta palabra, aunque con diversa significación de la que ha recibido actualmente y con la esquela mortuoria de «anticuada». Así, por ejemplo, la quinta edición del *Diccionario de la Academia* publicado en 1817 dice así:**

[1] *Gran Enciclopedia del Mundo.* Durvan, de Ediciones. Bilbao, 1963. Tomo 10, pág. 375.

> **«Hispanidad, s.f., ant. [...]. Tan antigua es esta palabra en su sonido material, que la encontramos en el *Tratado de ortografía y acentos* del bachiller Alexo Vanegas impreso en Toledo sin paginación, el año 1531 y conservado como preciosidad bibliográfica en la Biblioteca de la Real Academia de la Lengua. «De los oradores –dice Vanegas– Marco Tulio y Quintiliano son caudillos de la elocuencia, aunque no les faltó un Polión que halla hispanidad en Quintiliano[2] (segunda parte Cap. V)»[3].**

Por su parte, el recientemente fallecido filósofo Gustavo Bueno, expone: «La idea de una Hispanidad centrada en torno a la cultura cristiana más tradicional (Zacarías de Vizcarra, en 1926; Ramiro de Maeztu, en 1934) es considerada por la *izquierda* como expresión de la *derecha más reaccionaria*; sin embargo, el término *Hispanidad* fue acuñado por Unamuno en 1909»[4]. El filósofo sigue aquí, sin duda, las noticias que ofrecía el escritor Jorge Lombardero en un artículo que escribe en la revista *El Basilisco*[5], y que a su vez toma esa fecha de Ernesto Giménez Caballero[6]. Más tarde en la revista digital *El Catoblepas* nº 5, julio de 2002, que dirige y realiza *Nódulo Materialista*, Jorge Lombardero insiste de nuevo en el tema repitiendo que Unamuno, en 1909, había escrito:

> **Digo Hispanidad y no Españolidad para atenerme al viejo concepto histórico-geográfico de Hispania, que abarca a toda la península ibérica.**
>
> **Digo Hispanidad y no españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que ha hecho el alma terrena y a la vez celeste de Hispania, de Hesperia, de la península del Sol Poniente.**
>
> **Y quiero decir con Hispanidad una categoría histórica, por lo tanto espiritual, que ha hecho, en unidad, el alma de un territorio, con sus contrastes y contradicciones interiores. Porque no hay unidad viva si no encierra contraposiciones íntimas, luchas intestinas.**

Aquí termina Lombardero la trascripción de lo escrito por Miguel de Unamuno, cuando lo cierto es que éste sigue diciendo:

---

[2] Marco Fabio Quintiliano, nacido en Calagurris –la actual Calahorra, en La Rioja– hacia el año 35 d. de J.C. Vivió en Roma desde muy joven donde llegará a adquirir fama como profesor de retórica. Su obra principal, que aún se conserva, fue un tratado completo de retórica en 12 libros titulado *Institutiones oratoriae,* donde aparece por primera vez el vocablo «Hispanitas».

[3] Semanario *El Español,* Madrid, nº 102, 01-X-1944, pág. 1.

[4] BUENO, GUSTAVO: *España frente a Europa.* Alba Editorial. Barcelona, 1999, pág. 388.

[5] LOMBARDERO ALVAREZ, JORGE: *Maeztu y la Hispanidad,* publicado en la revista editada por la Fundación Gustavo Bueno *El Basilisco,* nº 25. Enero-Marzo 1999, págs. 51 y ss.

[6] Dice Jorge Lombardero en su nota nº 24 del citado artículo: «Giménez Caballero, E., "Fragmento de Bolivar ante España y sus Autonomías", obra inédita escrita en 1985, en "E.G. Caballero. Prosista del 27 (Antología)"». *Anttropos,* Suplemento nº 7, Barcelona 1988, págs. 106-107.

> **La Hispanidad, ansiosa de justicia absoluta, se vertió allende el Océano, en busca de su destino, buscándose a sí mismo, y dio con otra alma de tierra, con otro cuerpo que era alma, con la Americanidad, que busca también su propio destino...**

Sin embargo, este artículo que manifiesta haber sido publicado en 1909, sin decirnos dónde; no aparece publicado hasta 1927 en una revista argentina[7] y recogido en sus *Obras Completas*[8]. Dice asimismo que Zacarías de Vizcarra afirma que el descubrimiento no era suyo, en un opúsculo editado por el Ayuntamiento de Zaragoza en 1946, pero ya hemos visto que antes así lo había reconocido en el semanario *El Español*, en octubre de 1944. De nuevo Lombardero en *El Catoblepas* afirma también que el obispo Martínez Vigil ya había utilizado ese vocablo en Covadonga en 1901. Sin embargo, el biógrafo de este obispo, el dominico P. José Barrado, nada comenta al respecto porque, según él, no encontró ningún indicio de que el prelado pronunciara nunca esa palabra que, por otra parte, el mismo Zacarías de Vizcarra ya nos indica que figura en la quinta edición del *Diccionario de la Academia* publicado en 1817.

Y volviendo a Miguel de Unamuno es muy posible, pero no seguro, que él sea el primero que haya utilizado el vocablo «Hispanidad» en un sentido histórico y cultural «para quien designaba la unidad profunda del mundo hispánico, España y América del Sur. La base de aquella homogeneidad se encontraba, a juicio del pensador vasco, no en la raza, en la religión o en la realidad política, sino en la lengua castellana»[9]; en ese «lenguaje –dice Unamuno– de blancos, y de indios, y de negros, y de mestizos, y de mulatos; lenguaje de cristianos, y de ateos; lenguaje de hombres que viven bajo los más diversos regímenes políticos»[10]. De todas las maneras, hay quien también piensa que en ese mismo sentido el primero en utilizar el vocablo «Hispanidad» fue el portugués Antonio Sardhinha[11] «precisamente, sí, un portugués, porque Portugal también es "Hispania", aunque la idea de una comunidad hispánica de cultura se halla ya en autores como Rubén Darío, Santos Chocano o Menéndez Pidal»[12].

Ramiro de Maeztu escribe en su libro *Defensa de la Hispanidad*: «El 12 de octubre, mal titulado el Día de la Raza, deberá ser en lo sucesivo el Día de la Hispanidad»[13]. Y añade: «Con estas palabras encabezaba un artículo publicado en un modesto semanario de Buenos Aires, *El Eco de España.* La palabra se debe a un sacerdote español y patriota que en la Argentina reside, D. Zacarías de Vizcarra. Si el concepto de Cristiandad comprende y a la vez caracteriza a todos los pueblos cristianos, ¿por qué no ha de acuñarse otra palabra, como esta de la Hispanidad, que comprenda también y caracterice a la totalidad de los pueblos hispánicos?» Pero Maeztu no nos aclara en qué año escribió Zacarías de Vizcarra el artículo al que hace referencia. Sin embargo fue el 17 de marzo de 1926, año

---

[7] Revista *Síntesis,* Buenos Aires, nº 6 (noviembre, 1927).
[8] Ed. Escelicer, vol. IV, pág. 1.081.
[9] BLAS GUERRERO, ANDRES DE (dir.): *Enciclopedia del nacionalismo.* Alianza Editorial Madrid, 1999, págs. 315-316.
[10] *Ibid.*: pág. 316.
[11] Sardinha nació en Monforte do Alemtejo (Portugal) el 9 de septiembre de 1888 y falleció el 10 de junio de 1925. Estuvo exiliado en España y aunque en un principio defendió la personalidad propia de Portugal, después de conocer el exilio defendió el establecimiento de una estrecha alianza entre los dos países ibéricos.
[12] ESPARZA, JOSÉ JAVIER: «Hispanidad y globalización». Revista *Hespérides,* Volumen III, Nº 18. Invierno 1998-1999, pág. 1.058.
[13] MAEZTU, RAMIRO DE: *Defensa de la Hispanidad.* 4ª edición. Madrid, 1941, pág.33. En España y varios países Hispanoamericanos no se adoptaría el nombre «Día de Hispanidad» hasta 1942, después de que la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz pidiera en 1939 que se cambiara sin que el gobierno español hiciera mucho caso. Incluso había quien creía que ese nombre se debía a José Mª González (Columbia) –de quien hablaremos después–, porque el entonces ministro español de Asuntos Exteriores, conde de Jordana, felicitó a aquél «por la creación de la Fiesta de la Hispanidad». Ver, diario *La Nueva España*, Oviedo, 13-X-1942, pág. 7.

que ya apuntaba Gustavo Bueno, cuando lo escribe y cuando Vizcarra considera el vocablo en una doble acepción: una geográfica como conjunto de todos los pueblos hispánicos; y otra histórica y ética, que denominaba al conjunto de las cualidades a dichos pueblos. «En la primera acepción la Hispanidad abarca España y Portugal, de cuya acción evangelizadora surgió una comunidad de veinte naciones americanas configuradas en un mismo sentido social, político y religioso. La Hispanidad, en la segunda acepción, era producto del catolicismo»[14].

Efectivamente, cuando Maeztu se hace eco de las palabras: «El 12 de octubre, el mal titulado Día de la Raza…», es porque en el mundo hispanoparlante son infinitas las razas que habitan en él, por lo que parece, más bien, una denominación incongruente. «Sólo podría aceptarse –dice Ramiro de Maeztu– en el sentido de evidenciar que los españoles no damos importancia a la sangre, ni al color de la piel, porque lo que llamamos raza no está constituido por aquellas características que pueden transmitirse al través de las obscuridades protoplásmicas, sino por aquellas otras que son luz del espíritu, como el habla y el credo. La Hispanidad está compuesta de hombres de las razas blanca, negra, india y malaya, y sus combinaciones, y sería absurdo buscar sus características por los métodos de la etnografía»[15]. Por su parte, José Antonio Calderón-Quijano opina de esta manera: «No debemos en modo alguno hacer de la raza hispana un factor de superioridad en América. Nada más inadecuado que la denominación de *Día de la Raza* a la fecha del 12 de octubre que lo es del Des-cubrimiento de América. La exaltación racial, y el concepto de supremacía racista en cuanto a América, resultaría altamente equivocado y no responde a la realidad»[16].

Maeztu rechazó cualquier idea de carácter imperialista que viniera de la idea de Hispanidad. Para él el Imperio español era una Monarquía misionera, que el mundo designaba propiamente con el título de Monarquía católica. Otros, como Jaime Suárez[17], en pleno ardor juvenil, «definió una vez la Hispanidad como la Revolución Nacional Sindicalista»[18]. Sin embargo, nada que se parezca a Imperialismo había en esta definición. El Imperialismo es otra cosa: es la actitud y doctrina de quienes propugnan o practican la extensión del dominio de un país sobre otro u otros por medio de la fuerza militar, económica o política.

Aclarado el origen del vocablo «Hispanidad» veremos ahora quién fue el creador del «Día de la Raza», también conocida como «Fiesta de la Raza». Fue el asturiano, José Mª

---

[14] BLAS GUERRERO, ANDRÉS DE: *Op. cit.*, pág. 317.
[15] DE MAEZTU, RAMIRO DE: *Op. cit.*, pág. 34.
[16] Revista *Razón Española,* Nº 40 (marzo-abril, 1990), pág. 149.
[17] Secretario General de Plataforma 2003.
[18] Diario *La Nueva España*, 12-X-1955, pág. 14.

González que firmaba con el seudónimo de «Columbia», quien nos cuenta que estando en Cuba en 1909 leyó en el *Diario de la Marina* de La Habana que el Estado de Illinois de los EE.UU. hacía festivo el 12 de Octubre como aniversario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. En ese momento pensó que con más razón debieran hacerlo los cubanos y también «nuestra España». En este sentido se dirigió a Wifredo Fernández director de otro periódico de La Habana, *El Comercio*, a quien conocía y a quien le expuso la idea. Idea que recogió el mismo periódico en un artículo que escribió el propio «Columbia», a la vez que se dirigía al periodista español Mariano de Cavia, colaborador del periódico madrileño *El Imparcial*, para que defendiera su idea, pero que al parecer no le atendió.

En 1911 se celebró en Asturias el centenario de la muerte del ilustre Jovellanos a cuya conmemoración vinieron desde Cuba muchos asturianos; los hermosos actos astur-americanos celebrados le recordaron a «Columbia» el artículo que dos años antes había publicado en La Habana y enamorado del ideal de unión hispano-americano le dolía que llegara a perderse la vibración de esa conmemoración por lo que decidió trabajar sobre una idea que tuviera carácter permanente. La ocasión la tuvo al año siguiente con http://www.abc.es/historia-militar/20140723/abci-arcabuz-arco-efectividad-conquista-201407221701.htmlmotivo de celebrarse el Centenario de las Cortes de Cádiz. Allí acudió «Columbia» quien formuló su propuesta a través del Diario de Cádiz «que la publicó patrióticamente como artículo de fondo el 6 de octubre, en el número que reseñaba la velada parlamentaria conmemorativa del Centenario de las Cortes. Y así nació la "Fiesta de la Raza"»[19]. Sin embargo, la fiesta cívica del 12 de Octubre recibió diversas denominaciones: Los Estados Unidos instituyeron la fiesta con el nombre de «Día de Colón», también «Día del Desembarco»; el general Primo de Rivera, recogiendo una idea del embajador de la República Argentina, propuso que se llamara «Fiesta del Idioma», pero ese intento quedó sin efecto debido a que la Academia de la Lengua informó que no procedía cambiar la denominación porque la «Fiesta de la Raza» había sido ya consagrada con este título en «la legislación oficial de muchos países americanos y también porque al hablar solamente del idioma, quedarían excluidos Portugal y el Brasil, con los cuales se deseó siempre contar para asociarlos a la mencionada fiesta»[20].

En efecto, «aunque la palabra "Hispanoamérica" no excluya la América portuguesa, es decir, Brasil, se suele utilizar cuando se quiere incluir de manera inequívoca a ésta el término Iberoamérica»[21]. Sin embargo, muchos cursis en España, y fuera de ella, suelen utilizar la expresión Latinoamérica o América Latina. A menudo lo vemos también en los titulares de algunos periódicos. Cuando escribo estas líneas, por ejemplo, uno de los diarios de mayor circulación en España al referirse a los presidentes de Méjico, Perú, Chile, Ecuador y Honduras los cita como presidentes de Latinoamérica. Este nuevo concepto aparece, según algunas opiniones, con objetivos político-culturales, en textos del colombiano José Mª Torres Caicedo y del chileno Francisco Bilbao, que escribían desde París. «Y aunque estos términos empiezan siendo utilizados como equivalentes o sinónimos de los entonces vigentes "América Hispana" o "Hispanoamérica", lo cierto es que estos últimos dejan de emplearse poco a poco, a impulsos de un movimiento indigenista de raíz antiespañola, encabezado por Vasconcelos[22], quien lo abandona para

---

[19] GONZÁLEZ, JOSÉ Mª (Columbia): *El día de Colón y de la Hispanidad.* 3ª edición. Oviedo, 1955, pág. 9.
[20] *Ibid.*: pág. 116.
[21] LOMBARDERO ALVAREZ, JORGE: *Op. cit.,* pág. 55.
[22]VASCONCELOS CALDERÓN, JOSÉ: pensador mejicano y rector que fue de la Universidad de Méjico. Propuso en 1920 el lema: «Por mi raza hablará el espíritu», que aún mantiene la Universidad Autónoma de Méjico (UNAM). En 1948 pasó a dirigir, como primer presidente, el Instituto Mejicano de Cultura Hispánica. Por otro lado, un buen amigo, admirador de Vasconcelos», nos remite a una página web dedicada a este pensador mejicano y vemos, por

confesar, poco antes de morir, que parias del alma nos quedamos al renegar de lo español que había en nosotros"»[23]. Otros dicen que sin llegar a emplear la misma expresión, fue el economista y senador francés Michel Chevalier –que había viajado a los EE.UU., Méjico y Cuba– quien acuñó el vocablo «Europa Latina». Posteriormente su empleo «se empezó a prodigar entre 1861 y 1868 por seis autores franceses y dos hispanoamericanos residentes en Francia. Uno de ellos, l'abbé Domenech, la primera vez que empleó el término "l'Amerique Latine" hubo de aclarar *c'est á dire, le Mexique, l'Amérique Centrale et l'Amérique du Sud»[24].*

Por su parte, Guillermo Cabrera Infante dice que es una aberración llamar latinoamericanos a los hispanoamericanos, y tiene toda la razón porque éstos no heredaron el latín como España, sino que heredaron el español: «¿Desde cuándo está la Roma antigua en México? ¿Y en Buenos Aires? ¿Quién germinó esa aberración?», pregunta el escritor cubano. Para Cabrera quien introdujo el término latino fue un ministro de Napoleón III para justificar de alguna manera su intervención en Méjico: «Al pobre emperador Maximiliano, que pretendía ser Rey de México, lo fusilaron y su esposa Carlota murió absolutamente loca en Bélgica, cantando habaneras». Y Cabrera seguía haciendo preguntas y decía que en Paraguay los indígenas ofician el guaraní, pero «¿desde cuándo o desde dónde hablan esos indígenas el latín? O los indígenas de los dominios del enmascarado: ¿hablan los lacandones, que surgieron después de los mayas, el latín?»[25].

Así pues, algunos se las han arreglado para inventar eso de «América Latina» so pretexto, por ejemplo, de que en Haití se habla francés: Pero esto con ser malo no es lo

---

lo que en ella contiene, que fue Vasconcelos a quien se le ocurrió la idea de instituir el 12 de Octubre con el nombre «Día de la Raza»: «Como sociólogo, la gran aportación intelectual de José Vasconcelos fue la revitalización del iberoame-ricanismo, mediante una férrea defensa de la hispanidad que pergeñó principalmente en su opúsculo *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana* (1926), sobre el que impartió numerosas conferencias en América y Europa. En este manifiesto, Vasconcelos reformuló los ejes básicos del hispanismo (ya planteados anteriormente en América por figuras como Simón Bolívar, José Martí, Domingo Faustino Sarmiento, José Enrique Rodó, Rubén Darío y Manuel Ugarte), introduciendo nuevos conceptos y catapultándolos con vigor mesiánico hacia un estimulante contexto de utopía visionaria: Iberoamérica como suelo fértil donde se configurará una raza definitiva, la cósmica, resultado integrador del mestizaje entre lo español y lo indígena, que gracias a la aportación cristiana y a la cosmovisión y la lengua españolas podrá vertebrar una civilización panamericana universal. Fue por iniciativa de Vasconcelos que desde 1928 se estableció en México el 12 de octubre como Día de la Raza».

[23] DURÁN CORSANEGO, EMILIO: «¿Latinoamérica o Hispanoamérica?». Revista *Razón Española,* Nº 96, Julio-Agosto 1999, págs. 61-62.

[24] CALDERÓN QUIJANO, JOSÉ ANTONIO: «Hispanoamérica». Revista *Razón Española,* Nº 40, Marzo-Abril, 1990, pág. 159.

[25] Diario *ABC,* Madrid, 18-X-2001, pág. 53.

peor, lo peor es que, como decía antes, algunos cursis dentro de España lo están utilizando y las Indias formaron siempre parte de la Corona de Castilla. Se integraron a ella como se unirían otras tierras a lo que más tarde llamaríamos España y que junto con aquellos países que hablan nuestro propio idioma llamamos sin más: Hispanoamérica que junto con España forman la Hispanidad.

La Hispanidad vista desde América

Alberto Buela

Filósofo

Acabo de encontrar en una página, Legado austral*, este trabajo mío escrito en 1990 y publicado como folleto, que me sirvió para cartearme –todavía no teníamos Internet–, y conocer luego a Gonzalo Fernández de la Mora, el politólogo español más significativo de la segunda mitad del siglo XX. Meditación que continuamos profundizando con otros trabajos durante estos veintitrés años transcurridos. Como se verá, el tono existencial y el método fenomenológico siempre nos han acompañado.*

> Si mi voz es impotente para arrojar, con vosotros,
> nuestra lanza y nuestros potros por el vasto continente;
> si jamás independiente veo el suelo en que he cantado no me
> entierren en sagrado donde una cruz me recuerde:
> entiérrenme en campo verde donde me pise el ganado.
>
> Santos Vega

Es éste un tema difícil por la susceptibilidad que puede despertar en quienes esta meditación escuchan, sobre todo si el auditorio se encuentra constituido como creo, por hombres y mujeres para los cuales la hispanidad no es una idea vaga sino algo que los involucra y compromete. Ya el título de este trabajo suscitará en el oyente avisado, la remembranza de aquella meditación de otrora debida a Nimio de Anquín: *El ser visto desde América*. Y, ciertamente, lo hemos elegido a propósito; primero, como homenaje al, sin duda, mayor metafísico argentino, ignorado y sólo mencionado de manera denigrante por el saber académico y el «normalismo filosófico». Y segundo, porque el título indica de manera ostensible el cariz de nuestra meditación.

Nosotros, en tanto hijos de esta tierra del fin del mundo, por una exigencia de nuestro *genius loci* (clima, suelo y paisaje) sólo podemos hablar genuinamente de hispanidad a partir de América. Pero para que podamos hablar con autenticidad, debemos primero, por una exigencia de nuestro método filosófico, hacerlo sobre lo que se ha entendido por hispanidad hasta hoy día.

Ciertamente, que por nuestra propia índole telúrica: criollo-hispana, estamos involucrados más entitativamente de lo que «un gringo» pudiera llegar a estarlo, de modo tal que no debe buscarse en nuestra meditación una actitud de menoscabo hacia lo hispánico que sería como ir contra «uno mismo», sino que nuestra meditación surge como una necesidad de afirmación de la «americanidad en la hispanidad».

De los autores que hemos recorrido en nuestra búsqueda del tratamiento del tema hay dos que se destacan. Uno, por su enjundia filosófica, don Manuel García Morente, en su obra *Idea de la Hispanidad*, y otro, por su proyección política, don Ramiro de Maeztu, en *Defensa de la Hispanidad*. Sin dejar de lado a los Cors Grau, Lira, Zaragüeta y otros. Pero lo cierto es que todos estos autores y otros menos renombrados plantean la hispanidad desde España.

Si quisiéramos resolver la cuestión como se resolvió antaño, diríamos que la hispanidad caracteriza a la totalidad de los pueblos hispánicos, que vienen a ser «todos aquellos que deben la civilización o el ser a los pueblos hispánicos de la Península» (de Maeztu, *op. cit*. p. 19). La hispanidad no es cuestión de razas pues «está compuesta de hombres de raza blanca, negra, india y malaya, y sería un absurdo buscar sus características por los métodos de la etnografía [...] sino que se apoya en dos pilares: la religión católica y el régimen de la monarquía española» (de Maeztu, *op. cit*. pp. 20 y 22).

La hispanidad es pues, «consustancial a la religión cristiana [...] español y católico son sinónimos. Se puede ser inglés, francés, alemán o italiano y no ser católico. Pero, ¿imagináis que se pueda ser español y no ser católico? la religión cristina ha sido idéntica a la causa nacional» (García Morente, *op. cit*., p. 104).

«A mi parecer, sostiene García Morente, la imagen intuitiva que mejor simboliza la esencia de la hispanidad es la figura del caballero cristiano» (*op. cit*. p. 48). «La nación –la hispanidad– no es ni raza, ni sangre, ni territorio, ni idioma; es estilo, simbolizado por el caballero cristiano» (*op. cit*. 52-57). Al que el autor numera sucesivamente de los atributos de paladín, grandeza, arrojo, altivez, intuición, personalidad, honorabilidad, desprecio de la muerte, religiosidad y sed de eternidad.

La consecuencia lógica de estas afirmaciones apodícticas sería: Dado que nosotros somos católicos americanos, y hallándose definida la naturaleza y característica de la hispanidad por su convertibilidad con la catolicidad, sólo nos resta convalidar y asentir en un todo lo hasta aquí sostenido.

Pero el problema que queremos plantear es otro; es el de la hispanidad entendida desde América. Y ello es así porque la hispanidad tiene sentido para nosotros en tanto expresemos en ella y a través de ella, «las modalidades nacionales» de esta gran nación que es Iberoamérica.

En caso contrario la hispanidad es un universalismo más y, como tal, una categoría de dominación, como lo son en igual medida «la latinidad» y la «occidentalizad». Así cuando se nos define como «latinoamericanos» u «occidentales y cristianos» lo que se está haciendo es alienar nuestro ser íntimo. Porque «la latinité» es una invención francesa; para justificar sus pretensiones de dominio sobre Méjico, y la categoría de «occidental-cristiano» es instrumentada políticamente por el poder aliado, a partir de la segunda guerra mundial, para oponer al mundo comunista. «Occidental y cristiano» fue expresamente vaciado de su contenido ontológico y teológico para ser reducido a «mundo libre».

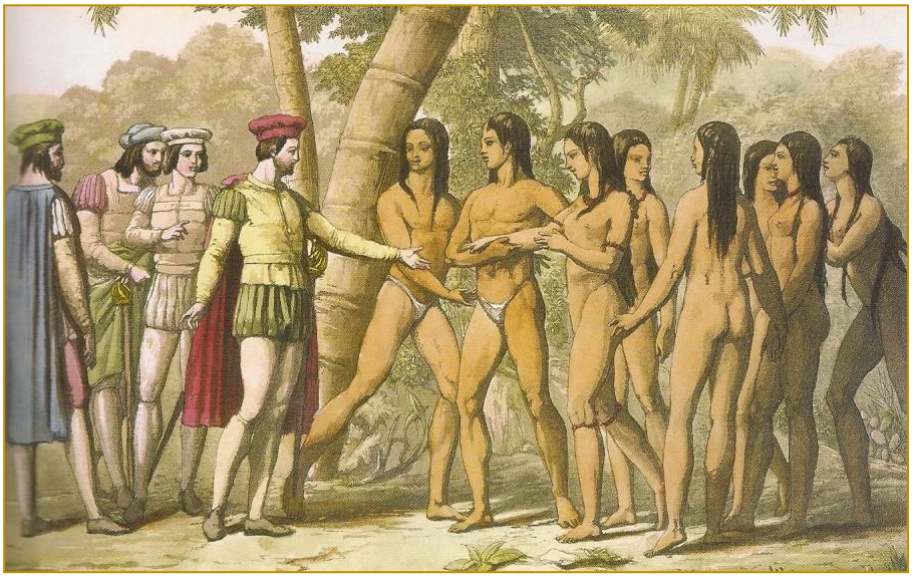
Comencemos pues, haciendo algunas observaciones a las tesis clásicas sobre el tema.

1. Observemos que la convertibilidad entre catolicidad e hispanidad no es la adecuada, al menos, para definir la hispanidad puesto que la catolicidad no constituye la diferencia

específica de lo hispano, ni es exclusivo rasgo del español. Dado que, si se me permiten los neologismos, también la polonidad o la irlandidad se convierten con la catolicidad. Así la diferencia específica respecto de estos catolicísimos pueblos como lo son el irlandés y el polaco no puede residir en la catolicidad que les es común. Incluso, hasta las causas nacionales de estos pueblos, entre otros, están enraizadas en lo católico, sólo basta echar una mirada a la historia reciente.

2. América tenía el status de reino y no de colonia pero en la práctica hizo las veces de colonia proveedora de oro, especias y materia prima. De modo tal que de facto nada tiene que ver con el «régimen de monarquía española», pues jamás participó de un proyecto político unitario, prueba de ello es el desencanto y desasosiego que manifestaron siempre nuestros enviados americanos a las Cortes españolas. Y cuando nos declaramos independientes lo hicimos bajo el régimen republicano, democrático y liberal, por obra de la masonería inglesa, que era, a la sazón, la que manejaba el régimen de la monarquía española de la época. De modo tal que si pretendiéramos definir la hispanidad apelando al régimen de la monarquía española, este no nos involucra a nosotros americanos. La *reductio ad unum*, esencia del régimen monárquico, si en nuestro caso americano nos alcanza es bajo la forma del caudillo o líder, pero esto para los monárquicos de toda latitud es algo espurio.

3. La teoría de los arquetipos humanos como paradigma de todo un pueblo no pasa de ser una generalización, que agradable al sentimiento y al corazón, carece de todo rigor filosófico, en tanto no limitemos la filosofía a un divague más o menos sutil y ocurrente. Sostener que la esencia de la hispanidad se simboliza en el caballero cristiano, es *mutatis mutandis* como sostener que la esencia del inglés es el *gentleman*, la del francés *ll'honnete homme*, la del italiano *il condottieri*, la del argentino el gaucho o la del chileno el huaso.



Esta teoría de los arquetipos humanos tiene dos fallas. Una, que carece de rigor científico –la podemos cargar con las mayores virtudes como hace García Morente con el «caballero cristiano» o con los mayores vicios como hacen los liberales argentinos con «el gaucho»–. Y dos; siempre está adscripta y determinada a un momento y a un lugar preciso de la historia de un pueblo.

Finalmente observamos, con motivo de aquella afirmación perifrásica realizada, entre otros, por de Maeztu, Sierra, Alfaro Lapuerta, Lazacorta Unamunu, Elordoy, Menéndez y Pelayo, etc. dice que: «la hispanidad nace el 12 de octubre de 1492 y que América es la obra clásica de España que bajo el signo de la cruz civilizó todo un continente» que dicha afirmación no es correcta pues la hispanidad no nace con, ni se limita a América, ni es patrimonio exclusivo de España.

Probemos esta última proposición en sus partes. La fecha que indica el descubrimiento de América marca sin lugar a dudas un hito importantísimo en la historia de la hispanidad pero no

su nacimiento porque por hispanidad debe entenderse el ser de «lo hispánico» que como tal es anterior al mencionado acontecimiento. Y no como se la entendió desde la teología de la historia, como un modelo exclusivo de existencia vinculado al destino misional de España de aplicación en tierras bárbaras. Puesto que entender la hispanidad desde esta última perspectiva es entenderla como modelo de dominación que provoca el desarraigo de los pueblos a hispanizar.

El hecho en sí del descubrimiento ha sido descripto por la opinión más generalizada como colonización, otros lo caracterizan como conquista –los sostenedores de la leyenda negra–, otros de encuentro –término utilizado en los ambientes cristianos progresistas– los más precisos prefieren continuar hablando de descubrimiento (Cfr. Caturelli, A.: *El pensamiento originario de Hispanoamérica*. ed. Speiro, Madrid, 1983).

Unos quieren, como el paraguayo Bastos, conmemorar, otros como los hispanistas celebrar, y los indigenistas lamentar; actitudes todas de valoración positiva o negativa del fenómeno, pero que ni siquiera se aproximan a la reducción eidética del mismo. El caso más significativo de estulticia es el del Prof. estadounidense, James Kuhn, Director de la Comisión V Centenario, que sostiene que debemos hablar de conmemorar (no celebrar) simplemente los viajes de Colón, pero no el descubrimiento porque no descubrió nada sólo fue un encontrador *«encounter»* (Rey. *Newsweek International*, 24/6/91). Como si la conciencia de Colón-hombre, no tuviera carácter intencional.

Incluso, si diéramos por válido el criterio histórico-cronológico del 12 de octubre de 1492, él estaría invalidado porque ya Bartolomé Díaz, en 1487, cuatro años antes que Colón, arribó al Cabo de Buena Esperanza, primer eslabón de la posterior colonización de África y Asia.

Es bueno reiterar que el carácter de hispánicos compete tanto a españoles como a portugueses. El más célebre poeta portugués Luis de Camoens (1525-1580) hablando de *Os Lusiadas* nos dice: «urna gente fortissima d'Espanha» (canto 1, estrofa XXXI). Por su parte Alemida Garret (1799-1854) sostiene: «Somos hispanos e devemos chamar hispanos a quantos habitamos a penincula hispana». El humanista André de Rosende decía: «Hispani omnes sumus». Mientras que Ricardo Jorge afirmaba: «Camase hispania a penincula, hispano ao seu habitante ondo quer que demore hispanico ao que lhes dize repesito». Y así podríamos continuar hasta nuestros días con la afirmación de pertenencia a la hispanidad por parte del filósofo brasileño Galvao de Sousa.

De modo tal que la hispanidad entendida como empresa es una tarea que correspondió *ab initio* tanto a España como a Portugal. Que la hayan llevado a cabo juntas o por separado no es óbice para afirmar que ambas hicieron hispanidad. De esto último se desprende que la hispanidad no se limita a América, sino que se extiende al África en naciones significativas como Mozambique y Angola en el campo portugués, y Guinea Ecuatorial en el español. Prolongándose al Asia en Macao y Filipinas. Con esta enumeración nos encontramos de lleno en lo que, el introductor de la palabra hispanidad el sacerdote español residente en Buenos Aires don Zacarías de Vizcarra, llamara «hispanidad con minúscula», esto es, limitada a su acepción geográfica que significa el conjunto de todos los pueblos de cultura y origen hispánicos diseminados por los cinco continentes.

Pero ciertamente, que enumeraciones más o menos precisas nos dicen muy poco acerca del concepto o naturaleza de la hispanidad, lo que nos obliga a pasar al tercer momento de nuestra exposición, el del tratamiento especifico de la pregunta que da sentido a esta ponencia: ¿Qué es la hispanidad? Antes que nada observamos que el nombre indica la cualidad de lo hispánico el «Ser de lo hispano».

Ahora bien, este ser, en este caso participado por un conjunto de pueblos y de naciones, no deja reducir fácilmente a conceptos intelectuales de manera clara y distinta, como suele suceder con el ser de los entes reales o ideales, que podemos aprehenderlos de manera definitiva mediante el hábito metafísico de la abstracción, y volcarlo luego en la fórmula de una definición esencial.

Y ello es así porque este «ser de lo hispánico», se ha dado en la historia bajo múltiples y variadas formas, y se dará aun bajo otras muchas que no podemos ni siquiera barruntar. Recuerden ustedes que el búho de Minerva –símbolo de la filosofía–, sale a volar cuando la realidad ya se puso y no antes.

Ahora bien, cuando la filosofía no puede asir en un solo concepto la entidad que se propone investigar, la rodea sucesivamente describiendo sus caracteres más significativos. En el caso del tema que nos atañe podemos reducirlos a dos: El sentido jerárquico de la vida y la preferencia de sí mismo.

La hispanidad como «ser de lo hispánico» desde siempre se destacó por un sentido jerárquico de la vida, de los seres y de las funciones.

Se entendió esta jerarquía como una necesidad del inferior respecto del superior (y no a la inversa, como la postula el mundo liberal burgués), jerarquía que se proyecta en una visión total del hombre, el mundo y sus problemas (y no a la inversa, especialistas tan especializados que pierden de vista el todo unitario sobre el que se especializan), jerarquía que se funda en valores absolutos fuera de discusión (y no a la inversa, valores subjetivos, surgidos del primado de conciencia; eje axial del mundo moderno).

Así, necesidad del inferior, visión del todo y objetividad del valor son el maderamen, que cimenta el sentido jerárquico de la vida. Y los tres cruceros que sustentan este pilar han sido cuestionados, más bien, negados, a partir del comienzo de la modernidad. La que en términos políticos se denomina Revolución Mundial, cuyas etapas son: Renacimiento, Revolución Francesa, Revolución Bolchevique y Revolución Tecnotrónica.

En cuanto al segundo rasgo que caracteriza a la hispanidad: la preferencia de sí mismo, se manifestó en esa falta de temor por la pérdida de identidad. El colonizador hispánico se mixturó sin inconvenientes ni reservas con el autóctono; no ocurrió lo mismo ni en el hemisferio norte, ni en Sudáfrica, ni en la India, ni en China en donde el anglosajón conquistó más que colonizó, evitando fusionarse con el autóctono. Lo que llevó en algunos casos, como en los Estados Unidos, a la eliminación lisa y llana del indio.

La preferencia de sí mismo no es creerse superior sino diferente. Ello no debe confundirse con el craso egoísmo, sino que bien entendida, encierra la afirmación de la diferencia de valores que existen, de hecho, en toda realidad.

La preferencia de sí mismo es la afirmación del realismo más existencial, dado que nos dice: Tú

eres diferente, entonces, hay otros que son diferentes. Y la sola integración se da a partir del trato igualitario. Lo paradójico del caso es que –y esta es una digresión para filósofos– si profundizáramos la meditación sobre el sentido de la diferencia arribaríamos a la teoría de la amistad.

Así pues, según el sentido hispánico, la diferencia funda la igualdad, a la inversa que el sentido moderno, en donde la igualdad elimina la diferencia en busca de la nivelación, lo que produce el extrañamiento de sí mismo y del otro. De allí a la muerte del hombre sólo resta un corto trecho.

Afirmación de la identidad, derecho a la diferencia y sentido de la otredad son, a nuestro juicio, las manifestaciones fundamentales de la preferencia de sí mismo, en tanto que segundo pilar sobre el que se apoya la naturaleza de la hispanidad. Estas manifestaciones han sido negadas, o más bien desnaturalizadas, por el falso igualitarismo de nivelar por lo bajo (la instrumentación de los *mass media* con la publicidad y la moda son un ejemplo incontrastable); la homogeneización de los ideales políticos y existenciales en la construcción de «un mundo todo uno» (con la consiguiente implantación de un totalitarismo mundialista), y la negación «del otro» como alternativa plausible (quiebra del principio de solidaridad).

Si esto es así, nosotros genuinamente americanos, tenemos mucho que decir y que hacer en el rescate de esa hispanidad que ciertamente se ha ocultado. Heidegger cuando nos habla del «olvido del ser» vislumbra a su manera lo que queremos decir, aún cuando él está situado en otro contexto. Apelando a esta noción de olvido, nosotros podemos decir que lo que se ha opacado hasta volverse indistinto, es la determinación del ser de lo hispano.

De la hispanidad, vista desde España y Portugal, según expusimos, no queda nada. De Asia, Filipinas fue vendida por España a los EE.UU. por 20 millones de dólares, como consecuencia del Tratado de París del 1 de diciembre de 1898. Extrañada de sí misma al punto que le han quitado hasta la lengua castellana. Lengua con la que se expresara su prócer y mártir el tagalo Don José Rizal, en su lucha por la independencia, cuando decía, en su ejemplar libro *Noii me tangere*:

Dulces las horas en la propia Patria
donde es amigo cuanto alumbra el sol.
Vida es la brisa que en sus campos vuela,
grata la muerte y más tierno el amor.
Dulce es la muerte por la propia Patria
donde es amigo cuanto alumbra el sol.

Muerte es la brisa para quien no tiene:
Una Patria, una madre o un amor.

Este poema, así como los libros de Rizal, son hoy ininteligibles para el pueblo filipino. Macao, por su parte, es sólo un punto de anclaje de la plutocracia internacional.

De África, Mozambique, Angola y las Guineas fueron alienadas sucesivamente por el internacionalismo revolucionario que sólo sembró muerte y destrucción. Su desarraigo es hoy casi completo.

De América, un amasijo de veintitantas republiquetas en loca carrera por imitar un modelo que nada tiene de hispánico.

Y en cuanto a ellas mismas, España y Portugal, la triste figura de naciones sin rumbo, queriendo ingresar a la Europa anti-hispánica a fuerza de renunciar a su propio ser íntimo. Donde está, nos preguntamos, el caballero cristiano de García Morente como arquetipo de hispanidad, en unas naciones que se desviven por ser sirvientas de la Comunidad Europea; que se jactan de haber inventado la industria sin chimeneas transformándose en países sin sol; que como España a punto de dejarse despojar la Ñ con tal de agradar a un mundo que la denigra desde el fondo de la historia. No existe, respondemos, murió.

Llegamos así al punto donde comienza nuestra tesis: La hispanidad vista desde América. Para nosotros, americanos, la hispanidad se sitúa en el éxtasis temporal del futuro. Nosotros debemos hacer hispanidad si queremos ser y permanecer en el ser. Sabemos que las viejas metrópolis están vencidas, se encuentran autoconvencidas de su derrota. Eligieron ser derrotadas en esta carrera hacia el suicidio como naciones. Prefirieron vivir de rodillas a morir de pie. Su proclamada mancomunidad con las naciones del denominado «mundo hispánico» es la mayor mentira publicitaria que nos deparan los festejos del V centenario.

De modo tal que la aproximación desde América a la hispanidad consiste en un «sabernos solos». Como se supo Cortés cuando quemó las naves.

Ello nos lleva a una segunda consecuencia, si estamos solos, estamos de hecho fuera del orden mundial «todo uno», lo que transforma nuestra acción y pensamiento, no en «revolución» categoría creada, asumida e incorporada al mundo de valores de la civilización moderno-mundialista sino en «transgresión», y nosotros en contraventores y marginales que deben ser puestos «fuera de la humanidad».

El rescate de la hispanidad, en nosotros, en definitiva, tiene el sentido de un volvernos en contra del mundo moderno, de una afirmación de nuestra identidad cultural, de saber que somos una cultura de alternativa a la homogeneización del mundo, propuesta por los centros mundiales de poder,

No tenemos otra posibilidad de «ser nosotros mismos», de existir genuinamente, que afirmarnos en lo que somos.

1. De preferirnos a nosotros mismos.

2. De sustentas un sentido jerárquico de la vida que nazca como expresión de nuestra mismidad.

La alternativa es de acero, o somos lo que nuestro ser reclama que seamos, o dejamos de ser para siempre.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

~~La~~ Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.